

PRIMERA PARTE

I

—¿Estás cansada, hijita?...

Sintiendo un ligero escalofrío como si las palabras de su madre, convertidas en caricias, la hubieran rozado dulcemente la epidermis, Luisa entreabrió los ojos. El círculo estrecho de visiones amorosas, que había aprisionado sus últimos ensueños, rompiase de pronto para ofrecerla de nuevo el espectáculo de su vida real.

¿Cansada? Sin saber lo que respondía dijo que no, por decir algo.

Incorporóse luego en el lecho, entre las sábanas tibias, con el seno desnudo, y principió á vestirse, sin prisa, respirando voluptuosamente el aire saturado por el perfume de su propia carne.

La buena señora, siempre solícita, preguntóla de nuevo si había dormido bien y si estaba cansada.

—No, mamáta; no estoy cansada.

En realidad sí lo estaba. Estábalo moralmente por haber luchado consigo misma durante largos días, defendiendo unas veces sus ideas morales, y otras veces sus instintos de hembra joven. Su alma cariñosa hubiera querido no perder nunca el calor del hogar, ni los besos maternos; pero al mismo tiempo algo que era también su alma y que era más que su alma, algo que palpitaba en sus entrañas, ordenábale que buscara, entre los brazos del hombre escogido, una ventura menos tranquila y más intensa que la de la vida familiar.

Sentada en el borde del lecho, Luisa veía de nuevo los rostros contraídos de su madre y de su amante que habían luchado en el fondo de su ser, día y noche, sin cansarse nunca, dispuestos ambos á todas las crueldades, á todas las violencias, á todos los egoísmos, por conquistar el imperio exclusivo de su alma indecisa.

En más de una ocasión ella hubiera querido conciliarlos, poniendo de acuerdo su amor y su cariño, repartiéndose entre los dos, dando el cuerpo á uno y á otro el alma, reservando las mejillas para las ternuras maternas y guardando los labios para

los besos amorosos, siendo, en fin, como tantas otras, hija y amante á la vez. Mas, ¿era acaso posible tal conciliación?

Haciéndose de nuevo esa pregunta, Luisa sonreía con tristeza. «No; no era posible». Toda su historia se oponía á ello».

Su madre había sido una actriz de talento, muy bella y muy ligera. Cuanto á su padre... ¿Quién había sido su padre? Entre bastidores, veinte años atrás, más de doce personas habíanse disputado el honor de serlo. Klón, el actor cómico, calculando las fechas, aseguraba que la chica era de él; pero al mismo tiempo otros varios comediantes, un director de escena y hasta dos oficiales de coraceros, reclamaban la paternidad, asegurando que nueve meses antes del parto, en enero justamente, la bella Julia les había pertenecido en cuerpo y alma, en cuerpo sobre todo.

Luisa, por su parte, no pensaba nunca en eso. Acostumbrada desde el principio á no tener padre ninguno, habíase refugiado en el amor exclusivo de su madre.

Lo único que la parecía extraordinario, era que esa madre sin escrúpulos personales, y sin moralidad

propia, que jamás había tenido esposo, ni aun amantes durables, y que no la concibiera sino por descuido, entre dos ensayos ó en un entreacto, detrás de una decoración ó en el diván de un amigo, fuese ahora la más celosa de las mujeres, en lo que al honor de su hija se refería.

Siendo ya casi una señorita, Luisa había oído, desde su alcoba, por la puerta mal cerrada del comedor, un diálogo significativo. Su madre hablaba con uno de sus antiguos compañeros de teatros, y decía:

—Nosotros estamos ya viejos. Las chicas de veinte años y los caballeritos jóvenes, no se acuerdan ya ni de nuestros nombres.

—Del mío—replicaba el actor—es natural que no se acuerden; pero el tuyo volverá á sonar en París, con más éxito que nunca.

—¿El mío?

—Sí, el tuyo; el de tu hija que es lo mismo...

—Eso jamás... ¿Mi hija?... Si es un ángel... Y bien educada... y linda como un astro!... ¡Ah, no! Mi hija se casará ó se quedará para vestir santos; pero comenzar la misma vida que yo, eso sí que te equivocas... Te aseguro, que entre verla rodando

por las camas ó verla muerta, preferiría mil veces lo último. ¡Pobre angelito!... ¡Ella que es tan buena!

No obstante su bondad, el angelito, que quería ser artista, entró en el conservatorio, (sección de baile clásico), y á los diecinueve años era una de las discípulas más brillantes de Rosa Mauri.

Pensando en lo mucho que su madre iba á sufrir al esperarla en vano por la noche, Luisa acabó de vestirse. La idea de que alguien pudiese ser desgraciado á causa de ella, entristecíala profundamente. ¡Pobre mamá!—decíase—¡Si fuese posible no abandonarla!... Sólo que ¿cómo hacer?...

Su compañera Noemí habíala aconsejado que renunciase á las medidas extremas y que conciliara sus instintos amorosos y sus deberes familiares, yendo á ver á su amante durante el día y volviendo á su casa por la noche. Pero ese medio repugnaba á su carácter independiente y á su alma franca. ¿Engañar á su madre? No. Más valía abandonarla con lealtad, y luego, si era posible, seguir visitándola, seguir queriéndola mucho, seguir siendo su hija cariñosa y solícita. Al fin y al cabo, vivir honradamente con un hombre, con el mismo siem-

pre, como si fuese un marido, no era un crimen muy grande...

II

Al salir del conservatorio en compañía de Noemí, Luisa experimentaba una sensación extraña de dicha y de congoja. Eran las seis de la tarde. Una hora después, Eugenio iría á esperarla á la plaza de la Bastilla, para nunca más separarse de ella.

Lo mismo que siempre, las dos chicas seguían los bulevares, caminando lentamente, deteniéndose ante las columnas de anuncios teatrales, viendo las novedades expuestas en los escaparates, ¡respirando el perfume que se exhala de las tiendas de flores, contentas de todo, en fin, y de todo curiosas.

Los rayos horizontales del sol, habían tomado ya ese tinte de lividez enfermiza que da á ciertas tardes de París, un aspecto de infinita melancolía sólo interrumpida, de trecho en trecho, por las violentas claridades de las vidrieras luminosas.

De pronto Noemí preguntó á su amiga:

—¿Estás bien decidida?

Sin contestar, Luisa se detuvo ante el escaparate de un joyero para ver, por milésima vez, las piedras preciosas que lucían en sus estuches de raso bajo la lluvia de luz blanca de las lámparas eléctricas. Los diamantes de que ambas hubieran querido adornar sus pechos juveniles, parpadeaban allí con sus fasetas multicolores, haciendo brillar, ante las pupilas fascinadas, la gama inquieta de los rojos igneos, de los verdes de esmalte, de los azules minerales, de todos los matices del arco iris, en suma, que palpitaban entre las aguas claras del cristal como chispas flotantes. Luego veíanse, en engastes caprichosos, coronando cruces, constelando broches, rematando argollas, figurando pájaros inverosímiles ó monstruos heráldicos, centenares de esmeraldas, obscuras las unas como hojas veraniegas y otras claras, traslúcidas, de un verde diáfano de ala de insecto y de alga marina; veíanse grandes regueros de rubíes que ensangrentaban el oro de las monturas, apiñados á veces en joyas riquísimas como granadas entreabiertas, ó solitarios cual gotas de sangre en el centro de los ani-

llos, obligando siempre á parecer, con el brillo y la frescura de su carmín, más intensa, más violácea, más dura aún, la dura púrpura de los granates vecinos. Y se veían también, entre las esmeraldas color de esperanza y los carnales rubíes, algunos záfros de un azul de pizarra y de ala de cuervo, graves y misteriosos con sus fuegos ocultos de pupilas negras, al lado de pálidas turquesas cuya pasta virginal hacía pensar en ojos soñadores de princesas de navidad, muy rubias y muy lejanas; en princesas de balada germánica, en pobres princesas siempre doncellas, de cuerpos vaporosos y de pálidos labios, intangibles y alucinantes como sus cielos natales... En seguida un ópalo inmenso, preñado de vetas de oro, de espirales carmesíes y de cabrilleos de esmeralda, destacábase entre los brazos de dos quimeras de plata que se retorcián, entrelazando sus piernas finísimas y sus alas diminutas, para formar una sortija de estilo antiguo. Más allá, las amatistas episcopales sonreían con su dulzura de piedras benéficas hechas para ayudar á las bendiciones y para consolar las sobriedades. En seguida los topacios llenaban, como manchas de aceite, las cajas color de rosa de los aretes populares, alineadas

dos simétricamente bajo los collares de coral color de carne descolorida, de carne de encías cloróticas y de párpados irritados que alargaban indefinidamente sus hilos lacios de un extremo á otro de la vidriera. En el centro, dominando todas las demás joyas desde su estuche imperial, alto cual un trono y mullido cual un lecho, erguíase una guirnalda de perlas orientales, discretas y majestuosas, pálidas y lucientes, suaves con tibia suavidad de pecho femenino y delicadas como caricias.

¡Las perlas! Luisa tenía por esas pálidas gemas una admiración apasionada. Detenida ante ellas, contemplándolas á través del cristal de la vidriera, permanecía á veces largos ratos olvidándose del sitio en que estaba y de la hora que era. Toda la poesía del Oriente lejano y pintoresco, entrevisto por su imaginación en los poemas de Víctor Hugo y en los cuadros de Descamps, revivía ante ella en pleno París, en el centro de la vida moderna, y la hacía soñar jardines encantados, misteriosos minaretes, palacios fantásticos y guzlas amorosas oídas á la luz de la luna en las riberas de un mar fosforescente... Esa tarde, un moro que tenía la cara de su Eugenio, apareció ante ella, montado en brioso

alazán, invitándola a seguirle muy lejos, muy lejos, en busca de un país donde las rosas del amor florecieran perennemente, acariciadas por un sol de fuego...

—¿Nos vamos?—preguntola Noemí al cabo de diez minutos.

—Vámonos—repuso Luisa volviendo á la realidad.

Y las dos parisienses continuaron su marcha silenciosa por la calle llena de ruido y de movimiento.

Al verlas pasar, con la falda arremangada hasta el nacimiento de la pantorrilla, dejando al aire libre los finos tobillos y las carnosidades interiores de la pierna, los hombres se volvían hacia ellas con las miradas llameantes de deseos:

—Son divinas—decían.

Y, en efecto, lo eran. Eran divinas de juventud, de gracia y de elegancia.

Noemí, sobre todo, con su cuerpo flexible, sus movimientos ondulantes, su cabellera rubia, su pecho redondo, sus grandes ojos verdes y sus labios sensuales, atraía desde luego las miradas entusiasmadas y provocaba los malos deseos.

A su lado, Luisa palidecía á primera vista. Sus formas más delicadas y sus movimientos más rítmicos en realidad, eran, sin embargo, menos exultantes. Su rostro ovalado y blanquísimo, de una blancura de porcelana de Sevres, acentuada por la línea sangrienta de los labios y por las manchas negras de los ojos, requería el recogimiento para ser admirado en todo su valor de belleza especial y moderna. Nada en ella hacía pensar en los modelos clásicos de la belleza antigua. Siendo morena de ojos, era rubia de pelo. Su cuerpo, en apariencia frágil, estaba hecho de líneas curvas y de amplias redondeces que sorprendían al ser palpadas. Sus senos redondos oscilaban ligeramente, cuando ella iba deprisa.

Ya en la esquina en que debían separarse, Noemí preguntó de nuevo á su compañera si estaba decidida á no volver á casa de su madre.

Luisa pareció reflexionar un instante, buscando, en realidad, una excusa á su respuesta afirmativa. Luego, con una sonrisa melancólica, como pidiendo perdón y apoyo, repuso lentamente:

—Sí... Estoy decidida...

Algunos segundos después, viendo la silueta de su amiga que se desvanecía en la penumbra de la tarde, Luisa sintióse sola, más sola que nunca, como si todo lo que constituía su vida anterior acabase de morir para ella. Y tuvo miedo. La inmensa vía céntrica, siempre llena de ruido y de movimiento, desapareció ante sus ojos y la imagen del vacío, del abandono completo, de la triste orfandad, apoderóse de su retina calenturienta... A su lado los vendedores de periódicos anunciaban á gritos el último escándalo, las parejas galantes pasaban murmurándose juramentos de frivolidad eterna; los hombres de negocios abríanse paso con rapidez entre los grupos compactos de desocupados, los cocheros rugían como fieras desde sus altos asientos, toda la vida de París, en fin, murmuraba vertiginosamente á sus oídos. Ella no percibía nada, sin embargo. De pie en el mismo sitio, seguía dudando, sin saber hacia dónde dirigirse, decidida á llevar á cabo una acción irreparable, y llena aún de vagas incertidumbres y de temores fantásticos...

Á los lejos, en el fondo lívido y brumoso del horizonte, el genio alado que corona la columna de la Bastilla extendía hacia ella sus brazos de oro

indicándole el sitio en que el Amor la esperaba para iniciarla en los profundos arcanos del goce infinito y del infinito placer. Mas al mismo tiempo las líneas paralelas de mecheros que iluminaban la callejuela por donde Noemí se había perdido, parecían indicarle la ruta del hogar, de la existencia tranquila, y de la dulce vida sin penas y sin inquietudes... Su alma sensible, su pobre alma filial y apasionada, su alma triste de hija y de amorosa, experimentó de nuevo la sensación de la lucha que durante tanto tiempo desolara sus días sin tranquilidad y sus noches sin sueño. El malestar psicológico que en ese momento la atormentaba, no era ya sólo la duda en cuyo laberinto incierto se pierde la voluntad, sino también un remordimiento precoz que la hacía saborear de antemano las penas de su vida futura.

Sin saber lo que hacía, tomó el camino de su casa y anduvo, con su paso rítmico de todas las tardes, durante algunos minutos; anduvo maquinalmente, ignorando á dónde iba, casi sin pensar en nada, siguiendo, por la fuerza de la costumbre, el camino de todos los días;—anduvo cual un autó-mata;—y de pronto, como despertando de un sue-

ño, detúvose, volvió hacia el boulevard y dirigióse, con andar rápido, hacia la plaza de la Bastilla.

Poco á poco, y á medida que se acercaba al sitio de la cita definitiva, la imagen de su madre iba esfumándose en un paisaje ideal de suaves lejanías, mientras la figura de Eugenio crecía en el fondo de su alma, precisábase en su imaginación y sonreía en su mente, invadiendo todo su sér sensible, hasta llegar á posesionarse solitariamente de ella.

¡Eugenio!... Luisa le veía de nuevo tímido y ardiente, siguiéndola como la sombra al cuerpo durante semanas enteras; le veía ofreciéndola un ramillete de flores, en una esquina, un día de verano; le veía acompañándola por las tardes, con los ojos húmedos de emoción y los labios hambrientos de besos; veíale, en fin, lo mismo que todas las mujeres ven al hombre amado y le acariciaba con la visión y le embellecía con el pensamiento.

Alto, delgado, moreno, de aspecto casi infantil y de mirada melancólica, Eugenio parecía, superficialmente considerado, un estudiante como cualquiera otro: pero visto con despacio, en la intimidad de las charlas confidenciales, su rostro tomaba una expresión singular de tristeza enfermiza é insi-

nuante. Sus labios delgados, contraíanse con frecuencia para descubrir la blancura simétrica de los dientes; sus ojos, siempre entornados, siempre ojerosos, parecían conservar el recuerdo de muchos cuadros desgarradores y más que para ver, hubiérase dicho que estaban hechos para llorar. Cualquiera, fijándose en él, le habría tomado por alumno de filosofía ó de matemáticas á causa de la prematura gravedad de la mirada.

Luisa misma preguntóle un día si era estudiante, y él la respondió con orgullo:

—¿Estudiante! No. Soy empleado de comercio!

Luego las confesiones continuaron. Era empleado de comercio, sí; pero no dependiente, sino hombre de oficina y de papeles, secretario del jefe de la sección inglesa en la casa de Levy hermanos los grandes vendedores de paño... Su madre hubiera querido que fuese médico, y de seguro lo habría sido á no sobrevenir la muerte de su pobre padre, capitán de artillería que tuvo la desgracia de sucumbir en Indo China, en la primera guerra, cuando apenas le faltaban dos ó tres años para obtener el grado de comandante. Y además, él no tenía grandes aficiones á la medicina ni á ninguna otra

carrera científica, á causa de lo difícil que es, en nuestros tiempos, formarse una clientela y vivir de su trabajo. El comercio por lo menos producía desde luego, y muy á menudo acababa por enriquecer... No se quejaba de su suerte. A su edad cincuenta duros de sueldo no eran un grano de anís.

Luisa le había preguntado:

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve... En diciembre voy á cumplir los veinte...

—¡Qué casualidad! Yo también tengo diecinueve.

Esa coincidencia de fechas natales, constituía un nuevo lazo de amor para la chica enamorada, que creía que al hacerles venir al mundo casi al mismo tiempo, la Providencia había deseado unirles desde la cuna. Y su imaginación supersticiosa no se paraba allí, una vez en el atajo de los puntos de contacto, sino que seguía volando, con primitiva ingenuidad, hasta hacerla ver que si él era hijo de un capitán, ella podía muy bien ser asimismo hija de un militar y que tanto él como ella habían sido educados exclusivamente por sus madres... y que los dos habían nacido en el mismo barrio, en la misma ciudad, el mismo año...

Pensando en tan nimias concordancias con la seriedad que los amantes atribuyen á los más frívolos detalles de la vida pasional, Luisa decíase, al llegar á la Plaza de la Bastilla, que verdaderamente Dios les había creado para vivir juntos toda la vida; para vivir queriéndose mucho, mucho, con todo el corazón...

—¡Creí que no ibas á venir!

Eugenio estaba ya á su lado, tembloroso de emoción, no sabiendo si darle la mano como siempre, ó pedirle los labios como en ciertas ocasiones excepcionales en que la obscuridad de la hora y la calma del sitio prestábase á los rápidos besos. Ella le tomó la mano sin responder.

III

Lo primero que atrajo la mirada de Luisa al penetrar en casa de su amante, fué la cama de hierro que, sin cortinajes, sin cojines, sin lazos de co-